

# LA ESCRITURA DEL TERRITORIO AMERICANO

CARLOS MATA INDURÁIN,  
ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ  
Y MARTINA VINATEA (EDS.)



CON PRIVILEGIO . EN NEWYORK . IDEA . 2019

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)  
COLECCIÓN «BATIHOJA», 58. SERIE PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS (PEI), 14

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW  
YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)  
SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE  
CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, ESPAÑA)  
SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)  
TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)  
SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)  
ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)  
PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)  
RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)  
LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)  
ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)  
VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)  
ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)  
GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)  
FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA,  
ESPAÑA / REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ESPAÑA)  
GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)  
CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)  
HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)  
GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)  
EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

Impresión: Ulzama Digital.

© De los autores

Financed by the Leading House for the Latin American  
Region (project «Latin American Humboldtianism:  
Scientific Expeditions and Their Impact in Latin American  
Linguistic and Literary Thought», SMG1721).

ISBN: 978-1-938795-61-9

Depósito Legal: M-28010-2019

New York, IDEA/IGAS, 2019

UN ESPACIO LIBRE DE BANDIDOS:  
TOPOGRAFÍA DELICTIVA DE LA CIUDAD DE AREQUIPA  
(1780-1824)

*César Belan*  
*Universidad Católica San Pablo*

1. INTRODUCCIÓN

En la actualidad, importantes escuelas criminológicas sostienen postulados en los que se vincula el ámbito espacial y la comisión de delitos. Desde la decimonónica «Escuela cartográfica de criminología británica»<sup>1</sup> hasta la reciente «Geografía del crimen», estas corrientes plantean que el espacio constituye una de las más importantes variables (y a veces la más importante) para la aparición del delito. El ambiente, en tanto su disposición, distribución y marco social plantearía así «oportunidades y alicientes» para la conducta criminal<sup>2</sup>.

Más allá de las pretensiones de originalidad que algunas de estas teorías ostentan, la historia confirma que muchas de sus premisas ya habían sido esbozadas muchos siglos atrás. Específicamente, en el ámbito

<sup>1</sup> Hernando Sanz, 1999.

<sup>2</sup> «The geographic distribution of opportunities for crime and the social, economic, physical, and psychological constraints to criminal spatial behavior. According to this definition, the spatial structure of opportunities for crime can shape the distribution of crime» (Rengert, 2014, p. 163).

hispanico, será el presbítero Jerónimo de Montes quien propugnará esta afirmación, cuando —al refutar las entonces novedosas corrientes positivistas— elaboró un tratado sobre el pensamiento penal de los teólogos, moralistas y juristas españoles de los siglos xvi y xvii<sup>3</sup>. En su obra se pone de manifiesto cómo muchas de las actuales consideraciones sobre el delito, y en particular sobre la relación entre ambiente social y crimen, ya habían sido sugeridas por eruditos del antiguo régimen como Luis Miranda Villafañe, fray Diego de Estella, Cristóbal Acosta Africano, Pedro de Covarrubias, fray Luis de Granada, fray Antonio de Guevara, Tomás de Castro y Ávila o Luis Vives, entre otros<sup>4</sup>.

Así pues, este último autor resulta el más elocuente al respecto de estas consideraciones. Vives afirmará en sus tratados morales de qué manera las grandes urbes, y en especial su hacinamiento y pobreza, constituían fuentes inequívocas de crimen:

¿Qué otra cosa es en las naciones y los estados el gran poder, sino ocasión de todos los vicios y maldades capitales y aborrecibles que de todo el mundo confluyen en toda ciudad populosa como en una gran sentina? No van la maldad y el crimen en pos de la escasez y pobreza, sino que se hacen cortesanos de la opulencia y de la vida regalada<sup>5</sup>.

Es así que, inspirándonos en estos postulados, y utilizando parcialmente el método de la llamada «Geografía del crimen», buscaremos situar el fenómeno delictivo en el espacio urbano de la Arequipa de finales del siglo xviii, tratando de establecer relaciones entre ambiente y transgresión.

## 2. AREQUIPA EN EL TRÁNSITO DEL SIGLO XVIII AL XIX

El siglo xvii constituye un hito fundamental en la historia de Arequipa. Luego del despegue económico que experimentará la ciudad desde mediados del xvii, y como consecuencia de las reformas borbónicas, la riqueza de la región alcanzará sus niveles máximos a mediados del siglo siguiente, en una tendencia positiva que tan solo decaerá al consolidarse la naciente República, en 1825. Tanto la producción como el comercio de vinos y aguardientes en la ruta de Potosí fueron el factor

<sup>3</sup> Montes, 1907.

<sup>4</sup> Allorza Aparicio, 2001.

<sup>5</sup> Vives, *Concordia y discordia en el linaje humano*, p. 189.

decisivo para una etapa de bonanza que provocó, a la vez, un crecimiento demográfico inusitado en la región y, en especial, en la ciudad capital de la Intendencia.

No obstante, las mismas reformas borbónicas que habían dinamizado la economía regional también fueron causa de un progresivo descontento que, ya entrado el siglo XIX, se convertiría en abierta rebeldía. A pesar de distinguirse como una ciudad profundamente realista, Arequipa sufrió los estragos de las disensiones internas y, sobre todo, de los levantamientos de las regiones vecinas en el preludio a la Independencia. La revuelta antifiscal de 1780, conocida como la «rebelión de los pasquines», será la primera de una serie de convulsos acontecimientos que tendrán como corolario la ocupación de la ciudad en 1814 por parte de insurgentes cuzqueños capitaneados por los hermanos Angulo y Mateo Pumacahua. La ciudad se encontrará luego en una paradójica situación de progreso económico y crecimiento demográfico interrumpido por episodios de inestabilidad social y política. Desequilibrio que, en muchas ocasiones, se manifestaba en brotes de violencia.

La ciudad de Arequipa, a mediados del siglo XVIII, contaba con algo más de 20.000 habitantes; cifra que llegaba a 40.000 personas si se contaba a los pueblos circundantes a la urbe<sup>6</sup>. La urbe albergaba a una población mayoritariamente hispánica<sup>7</sup> y constituía la sede de gobierno, residiendo en ella el gobernador que dirigía la intendencia del mismo nombre.

El sector plebeyo de la villa solía ocuparse de diversas actividades artesanales y oficios, entre los que podemos contar los de tendero, comerciante urbano, pulpero, notario, agrimensor, clérigo y pequeño agricultor de los campos que circundaban a la ciudad. Los sectores más deprimidos —en los que destacaba algún grupo indígena, los esclavos y pardos libres— se ocupaban de las labores más duras, actuando como servidumbre doméstica, peones agrícolas, albañiles, aprendices de oficios

<sup>6</sup> Zegarra, 1973, p. 13. Según Unanue, *Gula política...*, pp. 101-106, habitaban en la ciudad 22.687 españoles, 5.929 indios, 4.908 mestizos, 2.487 castas, 1.225 esclavos y 485 religiosos. Esto haría un total de 37.721 habitantes. Para Günter Vollmer, 23.545 personas habitaban la ciudad y 13.710 los suburbios alrededor de la misma. Ver Buller, 2011, p. 94.

<sup>7</sup> El estatus colonial —más conocido como «calidad»— era una compleja combinación de la identidad racial, ocupación, riqueza y predominantemente las prácticas culturales, es decir la asimilación de prácticas hispánicas o el mantenimiento de costumbres andinas o africanas. No debe, por tanto, asociarse con una mera situación racial. Ver McCaa, 1984.

y mano de obra contratada. No obstante, los documentos notariales y de comercio atestiguan que las diferencias económicas entre la gran masa plebeya no eran de consideración, generándose así muchos vínculos familiares y clientelares entre los miembros de esta clase<sup>8</sup>, operándose por tanto un equilibrio social que hemos calificado de *isonomía*.

Ya refiriéndonos a las fuentes judiciales<sup>9</sup>, estas nos remiten a una fuerte asociación entre plebe urbana y delito. Este sector mayoritario de la población, indiferenciado étnicamente al diluir su identidad en las ambigüedades de la raza, mantenía una posición también indeterminada en la jerarquía social. Nos inclinamos a pensar que la alta conflictividad entre los miembros de este sector, algo que queda patente en los documentos judiciales, estuvo vinculada a la búsqueda de un mayor estatus social. Así pues, los plebeyos entrarían en disputa con sus semejantes «personificando» el honor propio y cuestionando el del vecino, para así ganar una mayor jerarquía por contraste. La posterior judicialización de los conflictos también estaría dirigida a buscar un reconocimiento público, mediante un procedimiento oficial, el «mayor valer» del querellante en el proceso por injurias.

### 3. CARTOGRAFÍA CRIMINAL DE LA CIUDAD DE AREQUIPA

#### *Plebe y suburbios*

La expansión urbana del siglo XVIII, algunas veces caótica, generó la aparición de nuevos suburbios, que se sumarían a los antiguos como los de Santa Marta, San Lázaro y La Chimba (Yanahuara), que se pueblan en el siglo XVII a consecuencia de

la localización temporaria de los *mitayos* collaguas y otros que trabajaron en la reconstrucción de la ciudad de los terremotos [...] [configurándose como] asentamientos tipo “campamento” que irían determinando afincamientos efímeros o quizás definitivos ya que a fines del siglo XVII el Virrey

<sup>8</sup> Chambers, 2003.

<sup>9</sup> Para el desarrollo de la investigación, se han consultado fundamentalmente el íntegro de los expedientes criminales —alrededor de 176 causas— custodiadas por el Archivo Regional de Arequipa (ARAr). Se trata de ocho legajos (núms. 85 al 92) que corresponden a las causas seguidas en el período de 1784–1824. Asimismo, se ha consultado documentación sobre el Cabildo de Arequipa, como son los libros Propios y de Arbitrios, los de Expedientes y los Libros de Actas, que se conservan en el Archivo Municipal de Arequipa (AMA).

Duque de la Palata tuvo que tomar disposiciones para controlar la cantidad de “forasteros” indígenas que se habían trasladado de sus reducciones y pueblos eludiendo el sistema tributario<sup>10</sup>.

Los nuevos suburbios, por otro lado, serán los de La Ranchería, la Pampa de Miraflores, la «Otra banda», situada en la margen izquierda del río Chili, y finalmente, el callejón de Guañamarca.

De otro lado, es posible segmentar a la plebe según su lugar de residencia. El sector más próspero en el orden económico y que mantenía cierto arraigo en la ciudad habitaba en las cuarenta y nueve manzanas que oficialmente conformaban la ciudad, o en los suburbios más antiguos como La Chimba o San Lázaro. El procedente de migraciones más recientes residía en los nuevos barrios ya enumerados. Si bien la «alta plebe», por sus posibilidades económicas y mayor aspiración de reconocimiento social, es la que se muestra más sensible a la injuria y reclama con más ahínco desagravios ante los tribunales, el sector plebeyo más deprimido también disputará por el reconocimiento de su estatus con sus pares más encumbrados.

Así pues, la periferia —compuesta por suburbios antiguos o recientes— era el escenario por excelencia de la violencia cotidiana en la Arequipa de fines del siglo XVIII. Las calles, patios y demás espacios públicos de estos concurridos barrios serían testigos de disputas, grescas y asesinatos. A continuación enumeraremos los espacios más habituales de la violencia de este sector.

La «Pampa de Miraflores» constituía la expansión urbana de la parroquia de Santa Marta. En ella se había inaugurado una capilla dedicada a san Antonio Abad, y existían algunos tambos que desde el siglo XVI albergaban a viajeros procedentes del Altiplano. Tal como plantean las cifras, la Pampa era el suburbio donde ocurrió el mayor número de incidentes de violencia a fines del siglo XVIII y principios del XIX, ya que albergó el 22,7% de los crímenes cometidos en la periferia urbana. Si bien no se podían considerar como graves los delitos que en esa zona ocurrieron —no habiéndose, por ejemplo, contabilizado ningún asesinato—, el elevado número de hechos conflictivos nos da cuenta de cómo las características geográficas y sociales de la «pampa de Miraflores» guardaban relación con la violencia.

<sup>10</sup> Gutiérrez, 1992, p. 51.

«La Pampa» destacaba por albergar a los elementos más deprimidos de la sociedad arequipeña. Costureras —algunas denunciadas por practicar la hechicería—, sirvientes domésticos indios, esclavas negras, vendedoras ambulantes de colación, leñadores y peones agrícolas serán comunes protagonistas de los delitos, tanto en calidad de agresores como de víctimas. Las chicheras también ocuparon un rol preponderante en los episodios de violencia. Paradójicamente, además de ser públicamente tenidas por ligeras y pendencieras, constituirían la escala más alta de la sociedad mirafloresina por sus altos ingresos económicos (en relación a su entorno). Destaca igualmente la autonomía de estas mujeres, si las comparamos con el común de las vecinas de la ciudad, situación que se desprendía de su holgura monetaria y del gran roce social de su profesión. Esta particularidad permitiría a las chicheras mantener varones que vivían a costa suya (incitando así al adulterio), y a sufragar gastos procesales querellando asiduamente a los vecinos que les hicieran notar su mal proceder.

Asimismo, «la Pampa» era el lugar donde se concentraba el mayor número de chicherías y espacios de recreo de la ciudad. Luego, la relación entre alcoholismo y criminalidad, además de estar muy presente en la mentalidad de los vecinos —tal como lo muestran sus declaraciones judiciales—, se correspondía con la realidad, habiéndose encontrado un número significativo de episodios violentos relacionados con la ingesta de chicha o aguardiente. Por otro lado —y en la línea de Taylor<sup>11</sup> en el ámbito novohispano y Bernal<sup>12</sup> en el vizcaíno, en la misma época—, consideramos que la magnitud de la violencia desplegada en las ocasiones en que concurrían alcohol y delito era mayor que la habitual, causándose así heridas considerables y hasta la muerte. Las disputas más usuales en estos contextos serían de tinte sentimental, traducándose ello en enfrentamientos entre esposas y «amancias» —muchas de ellas chicheras— y en episodios de violencia doméstica<sup>13</sup>.

Por otro lado, en un barrio popular más antiguo y consolidado como el de «San Lázaro» la violencia cotidiana constituyó asimismo un asunto significativo, advirtiéndose un buen número de delitos personales

<sup>11</sup> Taylor, 1987.

<sup>12</sup> Bernal, 2003.

<sup>13</sup> ARAR, Cabildo, Causas Ordinarias, Legajo 42 (12-XII-1821), «Bárbara Mamani, tributaria de la parroquia de Santa Marta, vecina de la Pampa de Miraflores, contra su esposo, Antonio Pasos».



(18,2%). Sus actores recurrentes serán plebeyos, fundamentalmente de origen indígena, también enfrentados por móviles sentimentales y en contextos de diversión doméstica y pública (chicherías). Sin embargo, y a diferencia de Miraflores, en San Lázaro se tiene constancia de algunos ataques de gravedad, como el conato de homicidio que sufriría la india Juana Sanches a manos de su medio hermano Rafael Galdós, por desavenencias patrimoniales.

No obstante lo antes mencionado, consideramos que el lugar más peligroso de la periferia —ya que fue el lugar donde se ejecutaron más homicidios— fue el llamado «callejón de Guañamarca», ubicado en las últimas calles de la actual calle Rivero. Al ser un suburbio famoso por sus chicherías y casas de juego, no extraña que un buen número de sucesos fatales se desarrollasen en sus inmediaciones, ejecutados siempre en coyunturas festivas en las que no faltaría el consumo de alcohol.

El primer asesinato de este tipo del que tenemos noticia sería el del zapatero Manuel Vilca, «el cojito», ocurrido en la madrugada del 15 de noviembre de 1824. Luego que la víctima pasara la noche bebiendo chicha y aguardiente en los locales de Rafaela «la platera» y de Manuela, chicheras de ese barrio, se encontraría su cuerpo inerte a la mañana siguiente. Las autoridades iniciarían las investigaciones de inmediato, sin embargo el hecho nunca sería esclarecido<sup>14</sup>.

Otro hecho del que tenemos noticia es el homicidio en conato de Alberto, esclavo de doña Juana Flórez, a manos de Bernardo Pastor. Su ama describiría con detalle el suceso en su escrito de querella:

El dicho día martes último de Carnestolendas salió el referido mi esclavo a divertirse como es de costumbre, y una costumbre inevitable; [...] en este estado hallándose en la calle de Guañamarca en la diversión pública, fue acometido traidora y alevosamente por el expresado Bernardo Pastor, quien con un arma que vulgarmente llaman macana [...] le dio un fuerte porrazo en la parte superior de la nariz, que abrazó también la parte inferior de la frente<sup>15</sup>.

Guañamarca, al albergar muchos establecimientos de diversión y recreo —al igual que Miraflores—, complicaba la vida de los residentes,

<sup>14</sup> ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 92 (16-XII-1824), «Sobre la muerte de Manuel Vilca».

<sup>15</sup> ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 91 (27-II-1816), «Doña Juana Flórez contra Bernardo Pastor por haber herido mortalmente a un esclavo mío nombrado Alberto Flórez», fol. 1r-v.

generándose así un ambiente muy peligroso en sus alrededores. Esto le ocurriría a doña Bárbara Rivero y a María Rosa de Ureta, vecinas del lugar, quienes fueron injuriadas en repetidas ocasiones por la mulata Luisa Tapia, conocida como «la Guacaca» o «Macaca». La disputa se produjo luego que las Rivero amonestaran a Luisa Tapia por su comportamiento, ya que estando ebria la mulata se enfrascaría en una discusión con un zapatero arrendatario de las Rivero. La mulata, haciendo oídos sordos a las amonestaciones, se enredaría inclusive en una disputa con las dueñas de casa; disputa que duraría por varios días y en la que la liberta insultaría a las matronas arequipeñas llamándolas «criadas de chichería»<sup>16</sup>.

Asimismo, la denominada «Otra banda» sería otro arrabal turbulento por aquella época. Se trataba de un emplazamiento situado en la margen izquierda del Puente Real (hoy Puente Bolognesi), alrededor de la Capilla de la Soledad y del Beaterio. Constituyó un lugar muy concurrido, tanto por los numerosos tambos que allí se apostaban por constituir el acceso principal a la ciudad, como por la buena cantidad de chicherías o lugares de diversión que allí existían. El intendente Álvarez y Jiménez destacaría la peligrosidad que aquel lugar entrañaba, señalando en la relación de su visita al partido que la dicha zona, también conocida como «Pampa de los Zevallos», constituía un lugar de «pecados públicos, amancebamientos y embriagueces que pudieran motivar graves y muy escandalosas resultas»<sup>17</sup>. Algo que sería confirmado por los miembros del Cabildo de la ciudad, quienes en 1817 declararían oficialmente que en aquel lugar —específicamente en la barranca del «Puente Real» (hoy Puente Bolognesi)— «se había formado un muladar y escondrijo de ladrones sobre los arcos averiados»<sup>18</sup>.

Otro suburbio, también muy mencionado en las causas, será «La Ranchería», actual calle Manuel Muñoz Nájjar. Debía su nombre al buen emplazamiento de «ranchos», es decir barracas o construcciones de madera en el lugar, en el que se ubicaba también un buen número de chicherías.

<sup>16</sup> ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 90 (24-VII-1815), «Doña María de Rivero por injurias verbales contra Luisa Tapia, conocida por el sobrenombre de Guacaca o Macaca», fol. 1; y la contraquerella, «Luisa Tapia contra doña Bárbara de Rivero por injurias verbales».

<sup>17</sup> Barriga, 1941, p. 282.

<sup>18</sup> Biblioteca Gibson (13-XI-1817), «Libro de actas del muy ilustre Cabildo de esta ciudad de Arequipa», fol. 74v. Citado en Gutiérrez, 1992, p. 93.

Finalmente, en el camino que se dirigía hacia los pueblos circundantes de la ciudad se asentaban algunas chicherías, frecuentadas por labradores locales, siendo famosas las emplazadas en el «Pago del Palomar». Aquellos lugares, por otro lado, serían también recurrentes escenarios de conflictos, llegando algunos de ellos hasta las últimas consecuencias<sup>19</sup>.

Como se ha señalado, los momentos y lugares de esparcimiento serían propicios para el enfrentamiento interpersonal. Sabemos que la población —y en especial la plebe— solía frecuentar las periferias de la ciudad para solazarse, visitando los ya señalados arrabales donde se concentraban las chicherías. De igual forma, los vecinos de la ciudad acudían a ciertos espectáculos como, por ejemplo, las carreras de caballos. Conocemos de algunas riñas producidas en esa coyuntura, y de entre ellas traemos a colación la que se produjo entre los hijos de José Delgado y Ramón Núñez, labradores del pueblo de Sachaca. El hecho, ocurrido en carnavales y en el que medió una apuesta de cuatro reales (a saber prohibida por la autoridad local), desembocaría en una gresca descomunal que involucraría a las dos familias, sus amigos y algunos curiosos<sup>20</sup>.

### *Hacinamiento*

El hacinamiento en las casas y barracas de los suburbios donde moraba la plebe constituyó otra circunstancia que favoreció la violencia. En el corazón de la ciudad, por otra parte, la escasez de vivienda y las necesidades económicas de algunos pequeños propietarios arruinados, obligaron a que se subdividieran las casonas en cuartos en los que vivían artesanos y trabajadores como arrendatarios. Así también, por el aumento del número de integrantes de las propias familias, se dieron casos en que muchos parientes de sangre y políticos vivieran en una misma casa, dividiéndola en habitaciones donde moraban compartiendo exiguas zonas comunes en la cuales se cocinaba, lavaba o jugaba. El patio de la casa constituía el lugar público por excelencia, y era donde se iniciaban generalmente los conflictos.

Ejemplo de esto lo tenemos en la causa formada contra Tomaza, «conocida como la piqueña mulata libertina de oficio pastelera». En una

<sup>19</sup> ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 87 (22-XI-1803), «De oficio por la muerte de José Fuentes», fol. 1.

<sup>20</sup> ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 91 (16-II-1817), «José Núñez contra José Delgado, y sus hijos José y Manuel, por injurias reales y verbales».

casa de vecindad contigua al solar que servía de Cajas Reales<sup>21</sup> moraba María Evarista Arroyo, mujer legítima de Domingo Córdoba. Allí también moraba la mulata Tomaza «en una de las salas de dicha casa»<sup>22</sup>. Al abocarse ambas a las tareas del lavado, y luego de disputar por el uso de la acequia que atravesaba el patio de la casa, la mulata la golpearía en la mano izquierda a María Arroyo con una piedra, lastimándole un dedo.

En los suburbios de la ciudad ocurrían hechos similares. Una quinta de «la Calle Nueva que va para la chacra que fue de Felipe Morán» era habitada, entre muchas otras personas, por María Corso y su familia, quienes laboraban como tenderos; y por Juana Linares y sus dos hijos, todos ellos migrantes de la ciudad de Moquegua. El 11 de junio de 1792, los hijos menores de Linares y Corso —a propósito de unos juegos infantiles— se enredarían en una trifulca en el patio de la casa. Esto produjo agrias recriminaciones entre las dos mujeres (las que giraban en torno a la extracción étnica y a la «incivilidad» de sus vecinos). El altercado llegaría a su punto máximo cuando uno de los hijos de Juana Linares —quien intervino en favor de su hermano pequeño— fuera brutalmente golpeado por los hijos mayores de María Corso, quienes agarrándolo del pelo lo golpearon «rompiéndole la ropa y los zapatos», dejándolo incapacitado para el trabajo por algunos días<sup>23</sup>.

La difusa división entre lo particular y lo común que mantenían los vecinos se manifestaba además en lo borroso que se manifestaban los límites entre los espacios privados, y en especial en la alta intromisión de terceros en ellos. Así pues, existen constantes referencias de discusiones originadas por gallinas<sup>24</sup> y perros<sup>25</sup> que circulaban de propiedad en propiedad y cuya pertenencia quedaba en entredicho; o de animales que causaban daños en los bienes y personas de los vecinos<sup>26</sup>.

<sup>21</sup> Hoy primera cuadra de la calle Palacio Viejo.

<sup>22</sup> ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 85 (17-V-1788), «María Evarista Arroyo contra Tomaza la piqueña por injurias», fol. 2.

<sup>23</sup> ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 85 (11-VI-1792), «Juana Linares contra María Manuela y Josefa Corso por injurias», fols. 6 y ss.

<sup>24</sup> «Con ocasión de haber ido la citada mi esclava María Alatrística a la casa de los susodichos [Matías Rojas y Narcisca Postigo], por estar contigua a la mía, a preguntar por una gallina que se salió de mi casa...», ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 90 (12-VII-1815), «Doña Josefa Ramírez contra doña Narcisca Postigo por injurias», fol. 1.

<sup>25</sup> ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 88 (13-IX-1804), «Marta Quintanilla contra José Manuel Zea por injurias reales y verbales».

<sup>26</sup> ARAr, Cabildo, Causas Ordinarias, Legajo 42 [1824-Tomo III] (23-VIII-1824), «Antonio Delgadillo y Alatrística solicita se mate al perro de Francisca Xaviera Maldonado».

Asimismo, y en esa misma línea, observamos que con frecuencia como sirvientes ingresarán sin escrúpulo alguno a los solares vecinos<sup>27</sup>. El ingreso a las estancias privadas por parte del vecindario será pues una constante, además de ser percibido como algo usual por parte de quienes narran los hechos. Constituirá un hecho más frecuente aún en las quintas, lugares en los que las divisiones entre las habitaciones no eran permanentes por haberse acondicionado tan solo trancas o tabiques entre las alcobas. Un ejemplo de ello será lo narrado por Luisa Saavedra, moradora de una de estas quintas, en la causa que promoviera contra Juliana Prado:

Serrado las puertas de mi habitación, y a pasado seguido de encaminarme al lecho cotidiano, me encontré con una mujer que se había internado por extraordinarias puertas, y acercándose hacia mí, me preguntó si era casada, a que le repuse que para qué me lo preguntaba. Y sin más motivo que esta expresión, me contestó, diciendo: «Para esto», hiriéndome el pecho con un instrumento cortante<sup>28</sup>.

Así pues, las fronteras entre el espacio privado y el público en la sociedad arequipeña de finales del XVIII eran difícilmente distinguibles. La participación de vecinos, de allegados y hasta de extraños en querellas particulares era habitual, lo que extendía el ámbito de la violencia de la esfera doméstica a la pública.

### *Plazas y calles*

La alta concurrencia de vecinos a un espacio público también era causa común de conflictos. Esto ocurría fundamentalmente con miembros de la plebe que, como ya hemos señalado, no mantenían una fácil identificación social jerárquica con respecto a sus iguales, por lo que, aprovechando estas situaciones, desencadenaban pugnas a fin de reformular o afirmar su escala social haciéndose de un espacio preeminente y de alta visibilización en un ámbito público. Esto se puede observar en las

<sup>27</sup> Siendo usual el penetrar a la huerta de los colindantes para “reorientar” el curso del agua para regar la huerta de los patrones. ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo. 90 (11-XII-1811), «Don Casimiro Ballón contra don Juan Laso, su hijo Bonifacio y su mujer, y contra otros por injurias verbales y personales».

<sup>28</sup> ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 92 (X-1818), «Luisa Saavedra, viuda de Leonardo Prieto, soldado filiado al regimiento de infantería, contra Juliana Prado por heridas», fol. 1r-v.

frecuentes pugnas que en los alrededores de la pileta de la plaza mayor mantenían miembros de la plebe, sirvientes y esclavos por obtener la prerrogativa en el turno de agua; asunto que es relatado por el fraile de la Merced José Valdivia en el pedido que hiciera a la autoridad para que se erigiera una pileta de agua en su convento:

... a todo el vecindario le ha parecido útil y necesaria esta piadosa obra [...] para evitar los infinitos excesos, desórdenes y culpas que se cometen con el motivo de concurrir las domésticas y los criados de las casas a todas horas del día y de la noche en la pila de la Plaza para la exportación de las aguas necesarias para el uso de las cocinas de sus amas y lavar ropas de ellos<sup>29</sup>.

Es de suponer luego que en momentos de alta concurrencia y exhibición la alta y baja plebe haría valer su estatus imaginado frente a sirvientes y esclavos —y entre ellos mismos— para así diferenciarse de aquel bajo estrato social al que objetivamente pertenecían. Para esto harían gala de cualquier circunstancia —étnica, económica, cultural— que manifestara su «mayor valía», en un entorno en el que las diferencias notables entre ellos eran indistinguibles.

Otra de las situaciones especiales para manifestar la preeminencia social entre grupos afines eran las festividades. Articuladas mediante una lógica de jerarquización, las celebraciones religiosas y cívicas constituyen a la fecha un momento privilegiado para exhibir las categorías sociales de los intervinientes<sup>30</sup>. No debe sorprender, por tanto, que muchos conflictos surgiesen como consecuencia de la representación del estatus de los participantes; violencia que, de otro lado, también estaría atizada por el alcohol, infaltable en estas ceremonias.

Una muestra de los enfrentamientos acaecidos en celebraciones públicas fue el altercado que protagonizarían Luis Cáseres y Juan Portugal, platero apodado «el pulga». La pendencia se produjo al finalizar la fiesta de la Cruz de Chapota, en la calle del mismo nombre, en Cayma. Al retirarse Cáseres a lomos de mula atropelló con el estribo de la bestia a Portugal, que llevaba a su hijo en brazos, lanzándolos contra el suelo. Cáseres, luego que el platero le recriminara llamándolo «cholo malcriado»,

<sup>29</sup> Archivo del convento de la Merced, Tomo X (1812), «Presentación del procurador del convento». Citado en Gutiérrez, 1992, p. 98.

<sup>30</sup> Valenzuela, 2001.

se apeó para darse de golpes y pedradas con el platero, el que sería maltratado también por sus familiares<sup>31</sup>.

Más allá de las coyunturas festivas, las calles arequipeñas no representaban lugares peligrosos para el común tránsito y concurrencia de los vecinos en horas de la noche. A excepción de un caso<sup>32</sup>, y lejos de lo que ocurría normalmente en otras ciudades del virreinato, no se han encontrado episodios de asaltos nocturnos en las calles. Algo que se corrobora con lo señalado por viajeros como Witt, quien en su crónica de 1824 menciona como paseó tranquilamente por las calles de la ciudad en altas horas de la noche sin temor a ningún ataque<sup>33</sup>.

#### 4. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Luego de revisar los episodios de violencia en la ciudad de Arequipa a fines del siglo XVIII, podemos afirmar que existía una fuerte asociación entre plebe y delito. Dicha clase, reconfigurada constante por las continuas migraciones que concurrieron a la ciudad desde el siglo XVII, se concentraba mayoritariamente en sus suburbios (algunos de antigua data como «San Lázaro» o «la Chimba» y otros de tiempo más reciente). La violencia entre la plebe, al parecer, responde a mecanismos de «escenificación del mayor valer» de los vecinos, quienes al querer sobresalir de entre la gran masa plebeya buscaban representar su honor frente con quienes convivían, produciéndose así situaciones conflictivas. La extendida práctica de judicialización de las injurias recibidas respondería a la misma lógica.

Los suburbios de la ciudad albergaban, por otra parte, un buen número de chicherías y lugares de esparcimiento. Asimismo, en esa línea, se observa también una relación entre ambiente y tiempo festivo, consumo de alcohol, e incremento en la magnitud y cantidad de violencia.

De igual manera, existe una fuerte relación entre conflicto urbano y hacinamiento. Las riñas y habituales trifulcas entre vecinos tenían como escenario habitual las casonas del centro de la ciudad o ciertas barracas de los suburbios, lugares en donde habitaban numerosas familias en

<sup>31</sup> ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 91 (6-I-1816), «Don Juan Portugal contra Luis Cáseres y su familia por injurias reales y verbales», fol. 6.

<sup>32</sup> ARAr, Intendencia, Criminal, Legajo 89 (27-VIII-1808), «Don Mariano Fermín de Ojeda, abogado de la Real Audiencia, contra don Manuel Zusunaga, empleado de la Real Renta de Tabacos de Arequipa», fol. 2.

<sup>33</sup> Witt, *Diario, 1824-1890*.

cuartos divididos provisionalmente con tabiques. Dichos ambientes, en donde se superponían el ámbito público y privado, constituían una potencial fuente de conflicto.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALLORZA APARICIO, Ángel, «En busca de las causas del crimen. Teorías y estudios sobre delincuencia y justicia penal en la España Moderna», *Espacio, Tiempo y Forma*, 14, 2001, pp. 473-489.
- BARRIGA, Víctor, *Memorias para la Historia de Arequipa. Relaciones de la visita al Partido de Arequipa realizada por el Gobernador Intendente don Antonio Álvarez y Jiménez. 1786-1791*, Arequipa, Editorial La Colmena, 1941.
- BERNAL, Luis, «Los espacios de la violencia: tabernas y fiestas en Vizcaya (1560-1808)», *Vasconia*, 33, 2003, pp. 333-370.
- BULLER, Carlos, *Vinos, aguardiente y mercado. Auge y declive de la economía del vino en los valles de Arequipa (1770-1853)*, Lima, Quellca / Centro de Estudios Andinos, 2011.
- CHAMBERS, Sarah, *De súbditos a ciudadanos: honor, género y política en Arequipa, 1780-1854*, Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú / Pontificia Universidad Católica del Perú, 2003.
- GUTIÉRREZ, Ramón, *Evolución histórica urbana de Arequipa (1540-1990)*, Lima, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes de la Universidad Nacional de Ingeniería, 1992.
- HERNANDO SANZ, Felipe, «La escuela cartográfica de criminología británica: antecedente de la Geografía del crimen», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 19, 1999, pp. 11-22.
- MCCAA, Robert, «Calidad, Clase, and Marriage in Colonial Mexico. The Case of Parral, 1788-1790», *Hispanic American Historical Review*, 3, 1984, pp. 477-501.
- MONTES, Jerónimo, *Estudios de antiguos escritores españoles sobre los agentes del delito*, Madrid, N. Millán, 1907.
- RENGERT, George, «Behavioural Geography and Criminal Behaviour», en David J. Evans y David D. Herbert (eds.), *The Geography of Crime*, London / New York, Routledge, 2014, pp. 161-175.
- TAYLOR, William, *Embraguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- VIVES, Luis, *Concordia y discordia en el linaje humano [1529]*, ed. de Lorenzo Ribera, Madrid, M. Aguilar, 1948.
- UNANUE, Hipólito, *Guía política, eclesiástica y militar del Virreinato del Perú para el año de 1793*, Lima, Sociedad Académica de Amantes del País, 1793.
- VALENZUELA, Jaime, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile Colonial (1609-1709)*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana / DIBAM / Ediciones LOM, 2001.



WITT, Henrich, *Diario, 1824-1890. Un testimonio personal sobre el Perú del siglo XIX*, vol. 1, 1824-1842, ed. de Luis Paredes Stagnario, Lima, Banco Mercantil, 1992.

ZEGARRA, Guillermo, *Arequipa, en el paso de la Colonia a la República. Visita de Bolívar*, Arequipa, Cuzzi y Cía. Impresores, 1973.



## Estudios Indianos, 14

Uno de los temas que más ha llamado la atención de la crítica americanista ha sido el papel que tuvo el imaginario europeo para construir en América un continente quimérico que reunía gran parte de las esperanzas y miedos del viejo mundo, así como sus proyectos de dominación colonial. Tal es el influjo de esta corriente que apenas hay estudio de importancia, desde el clásico de Todorov hasta los recientes trabajos imagológicos, que no lo recabe y que no examine cómo los europeos inventaron América o (y quizás aquí está el desarrollo más importante de los últimos años) cómo los americanos adoptaron y modificaron esta invención para potenciar sus propios intereses. Este volumen, *La escritura del territorio americano*, examina esta serie de quimeras europeas en su interacción con la realidad americana y a lo largo de diversos géneros literarios (la relación de viajes o de méritos, la crónica, la corografía, el teatro cómico, la filosofía, etc.) y artísticos (la pintura mural).

**Carlos Mata Induráin**, Profesor Titular acreditado, es investigador y Secretario del GRISO (Universidad de Navarra) y del IDEA. Su investigación se centra en el Siglo de Oro español: comedia burlesca, autos sacramentales, Cervantes, Lope o Calderón, entre otros autores.

**Antonio Sánchez Jiménez**, Catedrático de Literatura Española en la Université de Neuchâtel (Suiza), es autor de varias monografías y ediciones críticas de textos áureos (Lope de Vega, Calderón de la Barca, Eugenio de Salazar, poesía española y virreinal, Leyenda Negra, etc.).

**Martina Vinatea**, Doctora en Filología hispánica y en Historia, es Profesora principal de la Universidad del Pacífico (Perú) y Codirectora del Centro de Estudios Indianos (CEI) / Proyecto Estudios Indianos (PEI). Últimamente investiga sobre poesía conventual femenina y del Perú virreinal.



Universidad  
de Navarra

GRISO



instituto de estudios auriseculares



UNIVERSIDAD  
DEL PACÍFICO